

RECEPCIÓN CRÍTICA DE ÁCAROS

VALENCIA

NEL DIAGO, "Acarar, acaricias, acaronar", *Cartelera Turia*, 20-2-2005 (Valencia)

En este peculiar texto de Xavier Puchades nada es lo que parece. O sí, y también su contrario. La contradicción y la ambigüedad forman parte del juego. Las cosas no siempre son lo que parecen y a veces parecen lo que son. Los personajes se muestran tangencialmente: se tocan superficialmente, pero no se transforman (salvo, quizá, en la escena final); se hablan, pero no se escuchan; parecen dialogar, pero no monologan. Es un juego perverso y equívoco, hasta en el título. Ingeniosa lucubración que deja al espectador la responsabilidad de decidir, de definir, de fijar límites. 2004 modelo para armar, podría titularse, parafraseando a Cortázar. Una obra difícil que, sin embargo, uno sigue con atención y complacencia gracias a la impecable labor de dirección de Ximo Flores y al estupendo trabajo actoral (Maribel Bravo, haciendo gala de su bella voz y su no menos bella anatomía; Miguel Ángel Altet, tan sólido y convincente como en sus trabajos con Rodrigo García; Sonia Ortiz, divertidísima en su papel de madre; y Nando Pascual que saca adelante el personaje menos agraciado). Desde luego, la puesta en escena es muy sugestiva y tiene la virtud, como es habitual en los montajes de este grupo (recordemos: estamos ante una producción propia de Teatro de los Manantiales), de lograr el máximo provecho con los mínimos elementos (he dicho "mínimos" y he dicho mal: en el teatro el texto y los actores son lo máximo; lo mínimo es el resto). Montajes como éste, por desgracia, son poco frecuentes en el teatro valenciano (y aun en el español), pero por ahí pasa la renovación escénica y la esperanza de que el teatro no muera de inanición. Necesitamos más ácaros de este estilo para evitar que los otros, los verdaderos ácaros, insectos parasitarios, terminen por devorar a Talía.

JOSEP LLUÍS SIRERA, "Un experimento apasionante", *El Punt*. Del 25 al 31 de enero 2005 (Valencia)

Xavier Puchades es uno de nuestros dramaturgos de más sólida trayectoria y con una evolución indiscutible dentro de los límites que ha trazado para su teatro: textos sin concesiones con los que proyectar al espectador una visión de la realidad que nos rodea sin maquillajes ni falsos optimismos. Su vinculación con el Teatro de los Manantiales ha contribuido a perfilar más nítidamente su escritura, a hacerla más teatral, a ir poco a poco despojando de palabras sobrantes y a enriquecerla con una potencia dialógica que solo se obtiene cuando se tiene la posibilidad de ver las propias obras en escena como fruto de un diálogo previo con directores y actores.

En el caso de ÁCAROS, esto último resulta más que patente: Ximo Flores, el director, ha sabido encontrar en la obra el substrato grotesco de determinadas actitudes y situaciones, de giros lingüísticos muy concretos. De encontrar y potenciar, añadiría: la historia de un mundo que se hunde, escenificada sin melodramatismo ni grandilocuencia por el autor, tiene ahora una lectura

desmitificadora; en realidad, prácticamente se nos dice: la vida cotidiana de una familia "normal" ya contiene todas las miserias, de un conflicto bélico de grandes dimensiones. Quedar al resguardo compartido de los familiares o salir al espacio abierto y hostil viene a ser, pues, algo muy parecido.

Flores, coherente con su lectura, busca provocar en el espectador un efecto de sorpresa, de progresiva introducción en una realidad que, a medida que es más "cotidiana" - las relaciones maternofiliales, por ejemplo - nos parece cada vez más extraña, hasta el punto que los monólogos iniciales, que podrían provocar cierto desconcierto, nos parecen, finalmente, absolutamente cotidianos. Para conseguir este efecto cuanta, y mucho, con el espacio escénico, obra de Martina Botella y del propio Ximo Flores, con la atiborrada estantería que domina el escenario como máximo referente.

El trabajo de los cuatro actores es también meritorio, teniendo en cuenta el esfuerzo que exige el montaje: moverse en un tono continuo de comicidad grotesca – caso de Sonia Ortiz, la Madre - , o, más difícil todavía, oscilar entre la pseudotrascendencia vital y lo grotesco del Padre – Miquel Àngel Altet - . O, alternativamente, tratar de "comprender", de reaccionar de forma previsible a unas situaciones que no lo son – el Hijo, Nando Pascual, y la Dependienta, Maribel Bravo.

En fin, una propuesta estimulante servida con la impecable estética de un local de referencia para el teatro valenciano actual.

RODRIGO MONTS, "Posiblemente el mejor autor", *Ateneaglam*, Valencia (15-1-2004)

http://www.ateneaglam.com/teatro_lohemosvisto.htm

A lo largo de estos últimos cinco años, después de estar días escuchando leyendo y viendo numerosas obras de autores valencianos (igual da el idioma en que se haga), uno llega a la conclusión de que uno de sus mejores exponentes en cuanto a la comprensión de lo que debe ser un texto de teatro es Xavi Puchades. Quizá sea por la afinidad o por los planteamientos estéticos, pero aquí ya hemos tenido la oportunidad de decir que al espectador le aburre escuchar crisis de los cuarenta, de los sesenta y de los asuntos personales transmutados en texto. Y en este caso, su autor abandona un tono reivindicativo para mostrarnos un texto mucho más íntimo que tiene detrás también una apabullante denuncia social. Un texto cerrado en la propia familia que nace de la observación meticulosa de la prensa diaria, de esos lugares de paso en los que el hombre se convierte en un ser solitario.

Cuatro personajes, que son solo eso, cuatro personas diferentes que asumen un rol durante la duración del espectáculo, aparecen desdibujados a los ojos del espectador hasta el momento en que una violenta situación empieza a tejer los hilos de una extraña relación familiar, que se parece a un plano de las líneas del metro. La tristeza con la que se carga el espectáculo de Manantiales olvida todo principio de sensualismo e inserta al espectador en

una atmósfera gris, agobiante que da pie al humor más ácido y negro, que es, en el fondo, el de burlarse de las desgracias ajenas.

La división espacial corrobora los diferentes espacios en los que viven sus personajes: cada uno muestra su codicia de manera distinta según el espacio en el que se encuentre, pero en los espacios de transición, en los trasuntos es donde la tensión entre vínculos estalla en violentos forcejeos, insultos o menosprecios. En cada una de estas partes hay escenas preciosas, de una fotografía limpiísima, que contrastan, como decíamos, con la dureza de la situación; destacamos, por ejemplo: las manos a la luz del fuego, el cuerpo de la vendedora siendo frotado por una enfermera del subsuelo, la claustrofóbica cabina...

Y de lo que cabe destacar de su interpretación es, ante todo, el equilibrio de fuerzas: que ninguno desentone, no por arriba ni por debajo. Sí que es verdad, que hay momentos de mayor recreación para con el personaje como los que pueden tener M.A. Altet y Sonia Ortiz, pero que tampoco dejan descubrir un mínimo error en su buena interpretación.

Así pues, que no quieren ir, no vayan; pero sepan que todos tenemos ácaros en casa, que nadie está tan limpio como para tirar la primera piedra, que lo que hay que en el suelo de sus casas o en el piso de abajo o en el subsuelo es lo que ustedes podrán ver en este montaje de Manantiales. Otra vez, dejen que uno se marche orgulloso de gustarle el teatro; éste en concreto.

MADRID

EDUARDO HARO TECGLÉN, "O sea, una familia", *El País*, 13-7-2005.

Ácaros de Xavier Puchades. Intérpretes: Maribel Bravo, Nando Pascual, Miguel Ángel Altet, Sonia Ortiz. Escenografía: Martina Botella, Ximo Flores. Compañía del Teatro de los Manantiales, Valencia. El Canto de la Cabra, Madrid.

Comienza con una serie de monólogos: luego se traman de dos en dos y reflejan la situación: el padre taxista, la madre ama de casa, el hijo taquillero y la novia del hijo. Una familia que no se trata bien; y, entre todos, tratan mal a la novia del hijo, dependiente de almacén, que parece hacer viajes astrales con la esperanza de llegar a India y conocer el tantra que promete orgasmos múltiples. Me detengo en la muchacha, que creo que es la actriz Maribel Bravo -el programa no especifica la correspondencia entre los actores y los personajes- que representa un papel de mujer objeto, tratada por todos con dureza; y me detengo porque tiene una voz, unos reflejos, una calidad de excelente actriz que empieza una buena carrera.

Lo demás es un retrato de familia. También corriente. Un taxista muy desagradable, una esposa no menos molesta; un hijo atontado y esa novia de la que digo elogios de actriz, pero que sólo corresponde en la obra a un personaje manipulado. La intención del texto es la de que nadie entienda a nadie, todos hablan como para sí, chocan en los diálogos y maltratan las relaciones. Los ácaros son ellos mismos, o están intoxicados por ellos.

Todo pasa en el rincón madrileño de la Plaza del Olivo, que cuida, cerca y utiliza El Canto de la Cabra. Un lugar simpático, un público habitual y un cuidado en el mantenimiento del arte teatral.

www.madridteatro.net

EDUARDO PÉREZ-RASILLA, "Soledades entrelazadas", Reseña, julio 2005. Copyright@pérezrasilla
(www.madridteatro.net)

Estreno en Madrid: *Sala El Canto de la Cabra, 6 – VII – 2005.*

El viaje astral proporciona la justificación para un entramado de fragmentos. Fragmentos que componen final - o provisionalmente - un mosaico de historias personales y familiares, proteicas y sugerentes, con esa capacidad de inquietar y con esa dosis de indeterminación argumental que caracteriza a algunas escuelas de la escritura dramática contemporánea. La historia, a pesar de su golpe de efecto final, que explica la equívoca sucesión de fragmentos anterior, mantiene ciertos niveles de deliberada ambigüedad o sugiere la posibilidad de intercambiar situaciones inicialmente dispares.

Ácaros es un texto compuesto por el dramaturgo valenciano Xavier Puchades, un escritor joven todavía al que avala ya una producción dramática de interés y en la que se advierten una notable madurez compositiva y un singular dominio del lenguaje. En alguno de sus trabajos teóricos, Puchades ha escrito que sus *personajes quieren ser los últimos aventureros de una sociedad sin aventuras*, y, en efecto, los personajes de *Ácaros* parecen aspirar a una existencia heroica desde un fogoso discurso verbal - a veces incluso verborreico - que pretende combatir el tedio de una existencia anodina y frustrada en los ámbitos afectivo, social, profesional, sexual, etc. La fantasía y la palabra son los recursos de los que se sirven para tratar de traspasar los límites que los separan de una existencia deseada e imposible y para combatir una soledad, no siempre reconocida, pero definitoria de cada uno de los personajes.

Pero este conflicto, que, en los términos en los que se expone en las líneas anteriores, podría sugerir solemnidad y desgarró, y que podría revestir connotaciones metafísicas, se vierte mezclado con una fuerte dosis de ironía, lo que provoca sensación de despego y de distancia, y también, frecuentemente, la comicidad.

El modelo dramático empleado en *Ácaros* recuerda a algunas composiciones de **Belbel** y a alguna variantes de lo que podríamos denominar comedia perversa, aunque, por encima de la perversidad, están el humor y el gusto por la deconstrucción, que suscita más incertidumbre o desasosiego que temor o escalofrío. Acaso sea **Beckett** - o también **Pinter** - el modelo último de todo ello, pero un **Beckett** o un **Pinter** definitivamente despojados de toda densidad y de toda gravedad, al menos aparentes. *Ácaros* mete el dedo en la llaga de soledades y decepciones, de violencias y de miedos, de amenazas y de ensueños, de imposibilidades y fracasos, pero parece hacerlo sin consideraciones morales, como si contara un chiste, que, no por macabro y

brutal, resultara menos divertido.

El punto fuerte de la comedia hay que buscarlo en los procedimientos de composición, desde luego, pero, sobre todo, en la brillantez dramática y el ingenio en la expresión de algunos personajes, entre los que quizás sea el del taxista el más logrado desde el punto de vista de su discurso. El dramaturgo consigue, como pocas veces se logra, ese abismo de indudable teatralidad entre lo que el personaje dice y entre lo que le ocurre, desigualdad que advertimos precisamente a través de la palabra pronunciada por ese personaje en esa situación concreta. Pero también la mujer del taxista, su mudable hijo, y, sobre todo, la chica que trabaja en la lencería, se nos ofrecen como personajes originales y de perfiles nítidos y sugerentes a través de su expresión verbal, que pretende ser diálogo, pero que la opacidad de cada personaje para los demás convierte en monólogo, a veces febril en sí mismo, pero lúcido y esclarecedor para el público.

La escenificación de *Ácaros*, a cargo de **Ximo Flores**, al frente del **Teatro de los Manantiales**, es ágil, limpia y plenamente eficaz. Sencilla en lo que a elementos escenográficos se refiere, descansa sobre la confianza en el texto dramático y en el trabajo actoral, en el que brilla la espléndida labor de **Maribel Bravo** - un verdadero descubrimiento - y la tarea de un siempre sólido y comprometido **Miguel Ángel Altet**.

"Conductas aprendidas a través del espejo de un retrovisor",
(<http://www.culturalianet.com/art/ver.php?art=24004>)
(<http://galeon.hispavista.com/noticiasteatrales/platea.html>)

Miedo, frustración, hipocresía, conformismo, locura, impotencia, egoísmo, cobardía... La incapacidad para vivir los sueños, la agonía de una realidad que alimentamos con el terror a que se abraza a nuestra rutina, a nuestro minúsculo universo: Un lugar pequeño, incoloro, desde el que observamos, aprendemos, ansiamos otras realidades que no se parezcan a las que vivimos, a las que nos hicieron ser personas inseguras, con una inusitada habilidad para soñar, para elaborar teorías... Y para permanecer infinitamente sentados ante nuestro reflejo sin hacer nada... Nada más que repetir los mismos errores, los mismos pecados... El mismo crimen.

"Ácaros" es un minucioso análisis, una exacta radiografía que nos muestra el roído esqueleto de una familia. Una rota unidad familiar que vamos a ir conociendo poco a poco. En un principio vemos a cuatro individuos; cuatro seres que desean lo que no tienen, que pintan, mientras "miran con ojos de sapo" un mundo ajeno que, a su vez, los observa juzgándolos... Poco después, esa radiografía irá dejándonos descubrir las entrañas, las bacterias, los agujeros negros de unos afectos debilitados por el tiempo, por los sueños que se cansaron de esperar, por las palabras que se quedaron dormidas en un taxi o por los olvidos involuntarios... Heridas asumidas por un alma cansada de hablar a las paredes o a las sombras que sólo logra ver una mujer de la que nadie sabe el nombre.

Esa radiografía está hecha con el desapego de un hijo que debería haber ido a la universidad, de un hijo que querría ser capaz de hablarle a un mundo que no es tan malo como le dicen sus padres ¿Son sus padres?... De un hijo que, harto de vivir tras las cuatro esquinas de su habitación, sobrevive entre las cuatro paredes de la taquilla del metro, con tan sólo una ventana al exterior... Con sólo eso, este joven se conforma. Desde ese anonimato, puede ser cómplice de los rostros que, cada día, acuden puntuales a su lugar de trabajo. Ellos no hablan... Él no deja de parir palabras... No necesita que lo escuchen... Tal vez, nunca lo han hecho...

Ese hijo querría no cometer los mismos errores que ha visto día a día en su casa. Querría casarse con una mujer a la que amase, que supiese soñar, que no destrozase la misma canción y cuyos ojos fuesen una mágica pecera repleta de peces plateados... Eso sólo es un sueño... Al final acabará sabiéndolo.

La Compañía de Teatro Manantiales, de Valencia, nos deja un sabor agrídulce; nos desconcierta.

Afirma de modo contundente el hecho de que el ser humano está condenado a cometer siempre los mismos errores. El hombre repite, sin detenerse a pensar, la misma conducta aprendida, rechazada incluso, y lo que es peor, sufrida. El ser humano no puede salvarse porque, aunque en algún momento nos atrevamos a preguntar si lo que ha ocurrido antes ha sido sólo un sueño... Ese sueño habrá sido una pesadilla...

... Una pesadilla que viajará eternamente en el asiento trasero del coche que nos conduce a través de una línea invisible, la recta secante que determina nuestro destino... Una sonrisa sin sentido; una sonrisa pegada a la cubierta de un saco; nuestra sonrisa.